

*Gestiones empresariales de tempranos inmigrantes italianos radicados en Concepción**

Leonardo Mazzei de Grazia**

En los movimientos migratorios internacionales se denomina tempranos inmigrantes a aquellos que se establecen en un país o en una región de recepción, con anterioridad a una radicación cuantitativamente considerable de personas provenientes de un determinado país. En el caso de la migración italiana a la Argentina, antes del aluvión migratorio, se verificó durante la primera mitad del siglo XIX, el establecimiento de migrantes procedentes de la región de Liguria, provocado por la anexión de esta región italiana al reino de Cerdeña del monarca Víctor Manuel I, radicación a la que contribuyeron también condicionantes económicas, como fueron las carestías que afligieron al noroeste italiano hacia fines de la segunda década del siglo pasado¹. La corriente inicial fue incrementada por maríneros desertores de las embarcaciones salidas de Génova, puerto que no obstante las dificultades económicas siguió teniendo una intensa actividad naviera. Los lígures se instalaron en la Boca, el puerto de Buenos Aires para la navegación fluvial, llegando a dominar el comercio que se hacía por los ríos del sistema del Plata². Ya por 1820, anota Nascimbene, la Boca estaba ante todo poblada por genoveses³. Esta radica-

* Este artículo fue preparado en el desarrollo del proyecto N° 956424-1 de la Dirección de Investigación de la Universidad de Concepción.

** Profesor de Historia de Chile Colonial en el Depto. de Cs. Históricas y Sociales de la Universidad de Concepción y la Universidad del Bío-Bío.

¹ NASCIMBENE, MARIO. *Historia de los italianos en la Argentina (1835-1920)*, 2ª edición, Buenos Aires, Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos, 1987, p. 26.

² HALPERIN DONGHI, TULIO. *La integración de los inmigrantes italianos en Argentina. Un comentario*, en Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli (editores), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1985, p. 92.

³ *Op. cit.*, p. 29.

ción ligur es identificada con el origen del establecimiento italiano en el vecino país, uno de los destinos principales del movimiento migratorio peninsular.

Chile en cambio nunca figuró como un destino importante en el proceso global migratorio italiano. Sin embargo, es sabido que el impacto cualitativo de los extranjeros de distintas nacionalidades europeas radicados en el país, no tiene relación con su exiguo número. Ello se denota claramente en las gestiones empresariales que realizaron.

En Chile el tema de los orígenes de la radicación de las diversas colectividades, no ha sido tratado con detención, salvo en el caso de la colonización alemana. Como señala Valeria Maino, la investigación sobre extranjeros establecidos en los primeros decenios de la República ha sido escasa⁴. En lo referente a la colectividad italiana, hay antecedentes para aceptar que sus inicios se relacionan principalmente con capitanes y tripulantes de embarcaciones, que terminaban por radicarse en el país, preferentemente en el puerto de Valparaíso. El estudio de la autora citada es un significativo aporte al conocimiento de este proceso.

Una de las motivaciones de la radicación de los marineros derivó de las propias dificultades de la navegación. La travesía del Cabo de Hornos desalentaba el regreso y, en cambio, parecía más atractivo dedicarse al comercio entre los puertos del Pacífico. De modo que según los cálculos de la autora que seguimos, considerando el total de los navíos europeos que arribaban a las costas del país, sólo un 23% retornaba al puerto de zarpe⁵. Algunos marinos italianos, al igual que los de otras nacionalidades, continuaron en el oficio de capitanes de embarcaciones, otros optaron por vender sus barcos -registrándose varias de estas transacciones en el puerto de Talcahuano- y derivaron al comercio y a otras actividades económicas.

Entre los que se incorporaron a la marina mercante nacional estuvo Jerónimo Schiattino, que por los años de la década de 1830, realizaba el tráfico mercantil entre Talcahuano y Valparaíso al mando del bergantín chileno San Pedro, y que en sociedad era propietario de otras dos embarcaciones: las naves Oriente y Tres Amigos. Según las informaciones proporcionadas por Valeria Maino, Schiattino efectuaba exportaciones de salitre a Europa y probablemente extendió sus gestiones mercantiles al comercio de perlas y madreperlas de las islas del Pacífico, pero su actividad principal era el transporte de maderas desde el sur a los puertos del norte (6). A estos antecedentes podemos agregar que fue propietario y capitán de la barca chilena Carlota en la que fletaba cargamentos de carbón desde Coronel y Playa Negra a los puertos del norte: propietario en sociedad con Antonio María Costa de la barca nacional María Teresa de 299 toneladas; y dueño de la barca Adelina, que inscribió bajo pabellón chileno luego de haberla rematado en

⁴ *I marinai italiani in Cile a metà del secolo XIX*, en *Il contributo italiano allo sviluppo del Cile*, Torino, Edizione della Fondazione Giovanni Agnelli, 1993, p. 179.

⁵ *Ibidem*, p. 167.

⁶ *Ibidem*, pp. 171 y 188.

Talcahuano, incluido el cargamento de huano que traía desde el Perú⁷.

Era frecuente que estas gestiones navieras fueran realizadas en la forma de empresas familiares. Así muchos de los negocios de Jerónimo Schiattino, los efectuó en unión con su hermano Benedetto. El ejercicio de la profesión daba gran movilidad a estos navieros: Schiattino se movilizaba continuamente entre Chiloé, Talcahuano, los puertos del norte y Valparaíso que era el centro de sus operaciones. En otros casos, aprovechando el carácter familiar, mientras un hermano se establecía en un puerto receptor, otros se instalaban en un puerto de salida. Así lo hicieron los hermanos Gervasoni, que tuvieron entre sus rubros principales el transporte de carbón. Tomás Gervasoni se instaló en Valparaíso, en tanto que sus hermanos Pascual y Luis se radicaron en Coronel. Al transporte de carbón agregaron el de cereales y otros productos agrícolas, desde Tomé y Constitución hacia Valparaíso⁸. Pascual Gervasoni, incluyó además en sus actividades el salvamento de embarcaciones zozobradas⁹.

En las nóminas de armadores y capitanes italianos elaboradas por la autora antes citada, aparece un capitán de apellido Boggiano, cuyo nombre de pila está indicado en esas listas sólo con las iniciales D.N.¹⁰. Estimo que debe tratarse de Bernardo Boggiano, activo comerciante italiano radicado en Concepción hacia los mediados del siglo pasado.

La primera gestión de Boggiano que figura registrada en las escrituras notariales de Concepción, es una obligación a su favor por \$ 1.000, con un subido interés de 1 y 1/2% mensual, contraída por la sociedad de Hurrel y Larrategui, franceses, quienes habían instalado una curtiembre. No se especifica en la escritura si la deuda provenía de un préstamo o bien de venta de mercaderías¹¹.

En todo caso los préstamos hipotecarios fueron una de las tantas operaciones mercantiles realizadas por los tempranos radicados italianos en la región. Algunos de muy bajo monto, concedidos a gente modesta; resulta ilustrativo, a modo de ejemplo, el crédito por \$ 212 otorgado por Boggiano al sargento retirado Nolasco Castro, quien se comprometió a saldar la deuda con descuentos de \$ 11 mensuales, deducidos de sus sueldos, y con hipoteca de una casa construida en terreno ajeno en Tomé¹². Otro préstamo y deudas comprendían cantidades mayores: el mismo Boggiano reclamó a los herederos de la testamentaria de Ramón Cruz y Rosa Pineda, el pago de \$ 12.000 que éstos le adeudaban¹³.

⁷ Archivo Notarial de Concepción (ANC), vol. 36, fs. 289 y vlt., vol. 38, fs. 168 vlt. -175 y vol. 63, fs. 181 vlt. -182 vlt.

⁸ Maino, art. cit., p. 193.

⁹ ANC, vol. 84, fs. 193 vlt. -194.

¹⁰ Art. cit., cuadros 1 y 2, pp. 184 y 187.

¹¹ 14 marzo 1849, ANC, vol. 40, fs. 99-100.

¹² *Ibidem*, vol. 57, fs. 48 y vlt.

¹³ *Ibidem*, vol. 58, fs. 396 vlt. -397.

Tal como habría de ser el destino ocupacional de la mayoría de los inmigrantes italianos llegados posteriormente, Boggiano instaló una tienda de abarrotes en una de las esquinas de la plaza principal de Concepción y otro establecimiento del mismo tipo en la vecina ciudad de Los Angeles¹⁴. Carlos Federico Cosa, genovés al igual que Boggiano, fue propietario de almacenes en Concepción y en Coronel, vendiendo tanto al menudeo como al por mayor; en estas últimas ventas entregaba mercaderías a comerciantes minoristas, con la obligación de pagarlas en determinado plazo y bajo hipoteca de algún bien raíz. El comercio mayorista en su establecimiento de calle del Comercio esquina de Lincoyán en Concepción, incluía trigo, lana y frutos del país¹⁵.

Estas carreras empresariales en ocasiones eran asumidas en la forma de sociedades mercantiles. El mismo Boggiano formó una compañía de comercio con su compatriota Luis Sforzini, quien también figura en las nóminas de armadores y capitanes de barcos antes aludidas. De modo que a la nacionalidad común se unía la similitud del oficio originario. Estos lazos se vieron reforzados al desposar Sforzini a una hija de su socio, Juanita Boggiano, lo que no impidió, sin embargo, que surgieran desavenencias mercantiles y la sociedad terminara por disolverse. No obstante, durante el tiempo en que funcionó, unos cinco años, sus negociaciones se extendieron por los distintos puertos de la provincia, Talcahuano, Coronel y Tomé, y también fuera de ella. Al disolverse Sforzini pagó a su socio y suegro la suma de \$ 7.500, quedando además Boggiano con la propiedad de la barca Juanita Boggiano¹⁶. Estos datos indican que los negocios de la empresa eran de cierta consideración.

Otras compañías fueron formadas por comerciantes italianos con extranjeros de otras nacionalidades o con socios nacionales. Boggiano, por ejemplo, se asoció con Federico Eberlin en una compañía mercantil formada en el año 1868 por el plazo de dos años; al expirar este plazo se prorrogó por cuatro años más, lo que demuestra que el negocio había sido satisfactorio para los socios¹⁷. Valeriano Parodi, también genovés, se asoció con Rosauro Martínez y Tomás Ibieta, en la compañía mercantil que giró bajo la razón social de Parodi, Ibieta y Cía., con un capital de \$ 10.000 aportado por el genovés en mercaderías de su tienda, entregadas en la forma de habilitación a los otros dos socios; en el reparto de las utilidades correspondía la mitad a Parodi y la otra mitad, por partes iguales, a sus asociados¹⁸. La sociedad Salomone, Millas y Cía., se constituyó en la forma de sociedad coman-

¹⁴ *Ibidem*, fs. 396 vltta. -397.

¹⁵ Bustos, Juan Bautista y J. Joaquín Salinas, *Concepción ante el Centenario*, Concepción, 1910, p. 548.

¹⁶ ANC, vol. 67, fs. 446-447.

¹⁷ *Ibidem*, vol. 92, fs. 528 y vltta.

¹⁸ *Ibidem*, vol. 63, fs. 71 vltta. -73.

ditaria, siendo Domingo Deambrosi el socio capitalista, con un aporte de \$ 5.200 en mercaderías para que los otros dos socios, José Salomone e Ismael Millas, las vendieran en la plaza de Angol; el reparto de utilidades era por terceras partes¹⁹. No todas estas compañías giraron en el comercio: la formada por los hermanos Medardo y Eduardo Monti con el vecino de Talcahuano Juan Gerardo Coste, lo hizo en el rubro del transporte; su objetivo era la conducción de pasajeros y mercaderías en coches y diligencias entre Concepción y Talcahuano; para este propósito Coste ponía como capital los coches que ya empleaba en la línea a Talcahuano y los hermanos Monti los que tenían en la línea a Tomé²⁰.

Algunos, junto con la diversificación de las gestiones, continuaron como propietarios de embarcaciones, lo que sin duda facilitaba las operaciones mercantiles. Boggiano, ya quedó indicado, fue propietario de la barca que bautizó con el nombre de su hija, y además de una parte de la barca nacional Elena Wilson²¹. No tenemos constancia de que Carlos Federico Costa, haya sido armador o capitán de barco con anterioridad a su radicación en Concepción; pero, vecindado ya en esta ciudad, adquirió varias embarcaciones: compró a Gervasoni Hermanos de Valparaíso en \$ 10.500 la barca italiana Ester, a la que cambió el nombre por el de Providencia, quizás en señal de agradecimiento por el éxito de sus negocios; la goleta María de 80 toneladas, que rebautizó con el nombre de Concepción, también posiblemente como muestra de gratitud a la localidad que lo había acogido, y el pailebote Buchupureo; ambas embarcaciones navegaban bajo bandera salvadoreña y las compró en una operación conjunta, pagando por ellas \$ 5.700 y matriculándolas luego en la marina mercante nacional²². La goleta Concepción y otro navío de su propiedad, el Biobío, fueron empleados en la caza ballenera, siendo la comercialización del aceite de ballena otro de los rubros que abarcó Costa²³.

La conexión con Valparaíso fue ineludible para los comerciantes que querían alcanzar mayor proyección. Desde muy pronto Valeriano Parodi estuvo conectado con ese puerto, según se constata en la documentación, en la que se consigna una demanda que efectuó contra Carlos Nelson, capitán de la goleta nacional Constante, por falta de mercaderías en un cargamento traído desde el puerto central²⁴. En la compañía de comercio que formó con Ibieta y Martínez, se especificó que el abastecimiento de mercaderías para el funcionamiento de la empresa tenía que hacerse en la plaza de Valparaíso. La misma especificación se hizo en el caso de la compañía de Deambrosi, Salomone y Millas. Uno de los que estuvo más relacionado con el puerto central fue Carlos Federico Costa, registrándose numerosas escrituras que verifican tal conexión: acreedor en el concurso formado a los

¹⁹ *Ibidem*, vol. 88, fs. 103 vltta. -105.

²⁰ *Ibidem*, vol. 67, fs. 350-352 vltta.

²¹ *Ibidem*, vol. 64, fs. 173-174.

²² *Ibidem*, vol. 84, fs. 128 y vltta., 343-345 vltta. y 495 y vltta.

²³ *Ibidem*, vol. 91, fs. 437-439 vltta.

²⁴ 1 abril 1842. *Ibidem*, vol. 26, fs. 65.

bienes de la casa de Benítez, Squella y Cía.; acreedor de Prieto Hermanos y Cía.; comercio de lana con la casa de Hemenway y Cía.; negocios con Rodolfo de Pandolfini, cónsul de S.M. el rey de Italia en Valparaíso ²⁵.

Pero Costa se proyectó más allá del comercio de cabotaje al comercio exterior, sobre todo al Perú y también a California. Las operaciones que efectuaba con comerciantes de Lima eran por cantidades de cierta importancia, como lo atestigua un poder especial otorgado para que se cobrase al comerciante de esa plaza Domingo Mazzini, una deuda estimada entre \$ 15.000 y \$ 16.000 ²⁶.

En el comercio con el Perú el rubro principal era el trigo, mercado que había absorbido desde la época colonial el cereal producido en Chile para la exportación. No obstante la espectacular irrupción de los mercados californiano y australiano, el mercado tradicional peruano siguió siendo el más continuo, como asevera Sepúlveda en una obra clásica ²⁷. Hacia 1860, pasada la fiebre de California y Australia, las exportaciones cerealeras al Perú volvieron a tener un período de auge. "A partir de 1860 -dice este autor- la exportación hacia este mercado no admite comparación con las de la época colonial, a pesar de que ya no es el único" ²⁸. Fue precisamente en esa década, en la que Carlos Federico Costa realizó una activa conexión con el mercado peruano. Este comercio se facilitaba si se contaba con embarcaciones y bodegas propias. Ya indicamos las embarcaciones de que Costa era propietario; a la vez tuvo bodegas en Tomé, Talcahuano y Buchupureo, embarcadero ubicado de Quirihue hacia la costa, a unos 12 kilómetros de Cobquecura, que llegó a tener importancia en las exportaciones de trigo y harina, a medida que el centro molinero se fue desplazando de Tomé hacia el norte. Además fue dueño de molinos, aunque éstos no tuvieron la relevancia de los que funcionaron en Tomé en los años del auge de la molienda en ese puerto por la demanda californiana. Adquirió el molino de San Onofre y el de Hualqui, ambos en las vecindades del pueblo de este nombre, en sociedad con Miguel Ignacio Collao, connotado empresario regional de esos años; pagaron \$ 2.000 por el primero y \$ 1.295 por el de Hualqui, en total \$ 3.295, suma que Costa pagó posteriormente a Collao por la parte que a éste correspondía ²⁹. Es decir, pagó a su socio el doble de lo que éste había puesto para la compra, lo que demuestra la valorización de esos molinos.

Mientras Costa se extendió al comercio internacional de trigos y harinas, otros lo hicieron en el comercio interno. Fue el caso de Parodi que comercializaba vales de trigo, emitidos por las bodegas por los trigos depositados en ellas y que se transaban como medio de cambio ³⁰.

²⁵ *Ibidem*, vol. 59, fs. 140-141; vol. 85, fs. 536 vlt.- 538 vlt.; vol. 87, fs. 132 vlt. - 134 vlt. y vol. 88, fs. 555 y vlt.

²⁶ *Ibidem*, vol. 61, fs. 131 vlt. -132.

²⁷ Sepúlveda, Sergio. *El trigo chileno en el mercado mundial. Ensayo de Geografía Histórica*, Santiago, Editorial Universitaria, 1959, p. 33.

²⁸ *Ibidem*, p. 32.

²⁹ ANC, vol. 77, fs. 49 vlt.-42 vlt. y 291-293 y vol. 82, fs. 657 vlt.-658.

³⁰ *Ibidem*, vol. 44, fs. 57 vlt.-58.

En síntesis, las escrituras notariales muestran que eran muy variadas las gestiones mercantiles de los italianos del primer tiempo: préstamos hipotecarios, comercio urbano, comercio extrarregional y con el exterior, y a diferencia de casi todos los llegados posteriormente, incluyeron en sus actividades económicas la explotación de predios agrícolas, sea como propietarios o arrendatarios.

Boggiano se vinculó a la propiedad territorial, adquiriendo primero el derecho a percibir los réditos de un censo que gravaba a la hacienda de Nitrihue, mediana propiedad de 200 cuadras, ubicada en el departamento de Puchacay. Luego solicitó que la hacienda fuera vendida en subasta pública, a causa de una deuda insoluble de los propietarios en su favor, rematándola él mismo en \$ 12.000³¹. Por su parte, Carlos Federico Costa fue propietario de la chacra del Hospital, en los extramuros del pueblo de Penco, por la que pagó \$ 2.000, y compró además los derechos y acciones que correspondían a modestos labradores en el fundo Pallaimávida en Hualqui, cancelándoles sólo \$ 275³².

Parodi, en cambio, optó por la vía de los arriendos: una chacra en Palomares, a orillas del río Andalién, con un canon de \$ 200 anuales. La hacienda Curamávida en el departamento de La Laja, que contaba con ganado lanar, cabras, equinos y vacunos, planteles de viña y potreros de siembra y de forrajes; el canon era de \$ 250 anuales. La hacienda Santo Domingo en Chiguayante, de propiedad de Domingo Ocampo, juez de la Corte de Apelaciones de Concepción y también hombre de negocios, la que tenía un canon mucho más alto que las anteriores, ascendente hasta \$ 2.500 anuales, puesto que se trataba de un fundo de mayor importancia. Su producción de hortalizas y verduras se dirigía al mercado urbano de Concepción; contaba con cerca de 70.000 plantas de viña; unos 900 árboles frutales, especialmente manzanos y perales; 300 cabezas de ganado vacuno; 250 cabezas de ganado lanar y siembras de trigo trabajadas por inquilinos y peones³³. Un arrendatario de menor rango fue Juan Bautista Manggini quien, por un canon de \$ 130 anuales, arrendó a pequeños propietarios el predio denominado "Rincón de Urrutia", a orillas del Andalién, con todos sus goces y útiles para hacer chicha, según especificaba el contrato³⁴.

Otro italiano, el general José Rondizzoni, que participó en las guerras de la Independencia y que ocupó el cargo de Intendente de la provincia en los mediados del siglo pasado, fue también dueño de tierras. Adquirió la hacienda Santa Gertrudis, en el departamento de Coelemu, dedicada preferentemente al cultivo vitivinícola y explotada por arrendatarios³⁵.

Dado el escaso número de italianos residentes en la provincia, no podía

³¹ *Ibidem*, vol. 53, fs. 413 vltta.-414 vltta. y vol. 64, fs. 727-734 vltta.

³² *Ibidem*, vol. 84, fs. 362 vltta.-364 y 366 vltta. -368.

³³ *Ibidem*, vol. 54, fs. 128-129 vltta. y 191-193 vltta.; vol. 59, fs. 232-234 y vol. 64, fs. 5 vltta. -10 vltta.

³⁴ *Ibidem*, vol. 85, fs. 158 vltta.-159.

³⁵ *Ibidem*, vol. 48, fs. 266 vltta.-267 y vol. 67, fs. 359 vltta.-362.

conformarse una comunidad de comerciantes ligados por los vínculos de la nacionalidad común³⁶. Sin embargo, entre los pocos radicados se establecieron relaciones mercantiles a través de préstamos, formación de compañías, ventas de establecimientos, poderes especiales para comisiones de confianza, endosos de pagarés, albaceazgos, nombramiento de árbitros en disputas legales, fianzas para la obtención de créditos y fianzas carceleras para evitar la prisión de aquellos que eventualmente cayeron en falencia. Las relaciones entre comerciantes italianos se verificaban asimismo con los compatriotas instalados en el centro mercantil principal: Valparaíso. También con los compatriotas que operaban en Lima; muestra de ello es que muchos de los comerciantes residentes en la capital peruana, con los que hacía negocios Carlos Federico Costa, eran italianos y, más específicamente genoveses: Pedro Marcone, Andrés Pozzo, Domingo Mazzini, Podestá y Pupo, Picasso y Hermano y Juan Bruno Sturbera³⁷.

El origen genovés que predominó entre los inmigrantes italianos radicados en el país, cuando llegaron a constituir uno de los grupos europeos más numerosos, prevaleció del mismo modo entre aquellos radicados tempranamente en Concepción. Boggiano, Parodi y Costa que eran los tres comerciantes peninsulares más importantes, eran originarios de Génova, al igual que la mayor parte de los que entonces estaban vecindados. Como Luis Capurro que al testar declaró que había nacido en Génova y que estaba radicado en Penco; casó con la criolla Luisa Marín, quien según dejó estipulado, no aportó bien alguno al matrimonio, en cambio él \$ 600 en mercaderías³⁸. O Domingo Pancetti, natural del mismo puerto de la Liguria y domiciliado en la ciudad de Concepción; casado, a diferencia del anterior, con una compatriota, quien le dio ocho hijos, siete mujeres y un varón, pero al igual que la cónyuge criolla de Capurro, no aportó bienes al matrimonio y él \$ 4.000. Especificó sí Pancetti en su testamento que "durante el matrimonio han adquirido todas las mercaderías que tienen en su tienda de negocios establecida en esta ciudad y los muebles de su casa habitación"; declaró además no deberle a nadie y que a él le adeudaban varias personas³⁹.

De acuerdo a las informaciones sobre cónyuges recogidas en los testamentos revisados, más algunos datos notariales en los que se incluyen referencias a esposas, y sobre todo teniendo en cuenta el escaso número de peninsulares establecidos, no es posible distinguir conductas endogámicas o exogámicas como forma predominante de unión matrimonial. Hubo algunos que ya vinieron casados con cónyuges de la misma nacionalidad. Otros lo hicieron con jóvenes de cierta connotación social. Como lo hizo Bernardo Boggiano al contraer nupcias con doña Cruz Pineda. Mientras que Carlos Federico Costa lo hizo con la dama de origen

³⁶ En el censo de 1854 en la provincia de Concepción se registraron en total sólo 23 italianos y en el de 1865 los registrados fueron 68.

³⁷ ANC; vol. 88, fs. 302-304 vltm.

³⁸ *Ibidem*; vol. 82, fs. 676-677.

³⁹ *Ibidem*; vol. 63, fs. 17-18.

peruano doña Rosario Pruneda. Pero queda la impresión que entre aquellos que optaron por el matrimonio exogámico, predominaron los efectuados con cónyuges de modesta condición. En estos casos, como ocurrió en todas las sociedades receptoras latinoamericanas, el casamiento con un extranjero representaba para estas mujeres una posibilidad de ascenso social. Además se denotan casos de convivencia prolongada, a través de donaciones de bienes a hijos naturales, con especificación de la identidad de la madre. Los años de convivencia prolongada eran muchas veces el paso previo a una boda exogámica con cónyuges humildes.

No hubo continuidad generacional en las gestiones empresariales realizadas por los comerciantes italianos más destacados. Si bien Manuel Boggiano, hijo de Bernardo, fue propietario de una tienda importante en una esquina de la calle del Comercio de Concepción y continuó con la propiedad del fundo Nitrihue, sus negocios en la región no parecen haber tenido la misma envergadura de los de su padre. Valeriano Parodi terminó por trasladar su residencia a Mendoza aunque dejó contratadas algunas operaciones mercantiles en la región: un préstamo de \$ 3.000 de la sucursal del Banco Nacional, con hipoteca de su casa y sitio en calle del Comercio, propiedad que siguió formando parte de su patrimonio; y el arriendo de una máquina de aserrar madera que tenía en el cajón de Villacura, en la zona cordillerana próxima a Los Angeles (lo que es una muestra más de la variedad de gestiones desempeñadas por estos empresarios). El caso de Carlos Federico Costa fue dramático. En pleno apogeo de sus actividades empresariales, falleció en el año 1868. Una reseña informa que "llevando mucho oro para la compra de trigo, en viaje hacia sus bodegas de Buchupureo, el señor Carlos Federico Costa murió en un naufragio poco antes de arribar a las bravías márgenes del sitio de sus operaciones comerciales"⁴⁰. Su esposa, Rosario Pruneda, y su hijo mayor Carlos Antonio Costa, quien quedó como administrador de los bienes de la testamentaria, no pudieron continuar el empuje mercantil del difunto. Los deudores no pagaban sus compromisos, mientras ellos eran requeridos con urgencia por los acreedores. Así no tardaron en caer en quiebra y Pascual Gervasoni tuvo que ofrecer fianza para librar de la cárcel al administrador y pudiera éste llegar a acuerdo con los acreedores⁴¹. Dos hijos de Costa destacaron, aunque no en el campo empresarial: David Costa Pruneda, Juez de Letras de Concepción y el distinguido médico Arturo Costa Pruneda⁴².

Hacia 1890 irrumpió en Concepción, lo que se podría llamar la radicación masiva de italianos, en el contexto de la modestia de las cifras de la inmigración de europeos en la provincia y en todo el país. El censo de 1895 registró un número de 392 italianos, que significaba quintuplicar la cifra del censo precedente, efectuado diez años antes, en que sólo se computaron 78 italianos. Este crecimiento fue debido a la inmigración dirigida fomentada por el gobierno de José Manuel

⁴⁰ Bustos y Salinas, *op. cit.*, O. 548.

⁴¹ ANC, vol. 87, fs. 351 vlt. -352 vlt. y vol 88, fs. 555 y vlt.

⁴² Bustos y Salinas, *op. cit.*, p. 548.

Balmaceda en los años 1889 y 1890, una de cuyas nacionalidades principales, fue precisamente la italiana⁴³. Fue entonces cuando se empezaron a fundar las instituciones de la colectividad (la primera de ellas la Società Mutuo Soccorso Concordia en el año 1891), y los italianos comenzaron a ser identificados en la sociedad receptora como un grupo claramente distinguible.

Sin embargo, la presencia y experiencia de quienes llegaron con antelación no debe desestimarse. Ellos, al igual que los extranjeros de otras proveniencias, desplegaron una activa gestión mercantil contribuyendo, a pesar de su escaso número, a la conformación de un nuevo sector empresarial urbano en el proceso de modernización de la economía de Concepción en la segunda mitad de la centuria pasada.

Los que llegaron posteriormente en el proceso de inmigración dirigida por el gobierno, venían, de acuerdo a los propósitos de esa política, a aumentar el número de trabajadores disponibles y a hacer posible que se contara con mano de obra que -por el europeísmo prevaleciente- se suponía más capacitada que la nacional. Pero los salarios que se pagaban no resultaban atractivos. En Chile no se dieron situaciones laborales que significaran multiplicar considerablemente lo que se ganaba en los países europeos de origen, como ocurrió en otras partes⁴⁴. De modo que la vía de la "proletarización" no resultaba efectiva para mejorar substancialmente las condiciones económicas que los habían impulsado a emigrar. Por ello muchos de los llegados al país rápidamente atravesaron la cordillera⁴⁵. Si se decidía permanecer debía optarse por la alternativa de los riegos empresariales, para que el traslado desde tan larga distancia valiese la pena.

Es en este aspecto, en que creo que de alguna manera se encuentran en la Historia Social de Chile, la historia de los inmigrantes europeos y la de los sectores populares del país. Los nuevos enfoques de la historiografía social nacional, han puesto de manifiesto la resistencia a la proletarización que, hasta donde le fue posible, opuso el elemento popular⁴⁶. Parangonando esta situación, podríamos decir que los extranjeros opusieron a su vez "una resistencia a la proletarización desde arriba», decidiéndose por la vía empresarial. Es en este sentido que estimo

⁴³ Cfr. ESTRADA, BALDOMERO, *La política migratoria del gobierno de Balmaceda*, en Luis Ortega (editor), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 1993, pp. 73-83.

⁴⁴ A título de ejemplo, Ercole Sorì afirma que en Argentina la ganancia mensual era semejante a la que obtenía anualmente un asalariado agrícola en el sur de Italia. *Las causas económicas de la emigración italiana entre los siglos XIX y XX*, en Devoto y Rosoli, editores, op. cit., p. 36.

⁴⁵ Sobre la *fuga* masiva hacia Argentina de inmigrantes venidos en el proceso de inmigración dirigida, aparecen informaciones en el diario El Sur de Concepción, entre los meses de enero y mayo de 1890, que recogen las de los periódicos de la zona central, en especial El Heraldo de Valparaíso.

⁴⁶ Nos referimos principalmente a los trabajos de Gabriel Salazar, María Angélica Illanes y Julio Pinto Vallejos. Entre otros trabajos de estos autores cabe citar, de SALAZAR, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena en el siglo XIX*, Santiago, Ediciones Sur, 1985; de ILLANES, *Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano*

que la activa gestión mercantil desplegada por los pocos italianos establecidos en Concepción hacia los mediados del siglo XIX, influyó positivamente en los radicados posteriormente, contribuyendo a incentivarlos a ensayar la opción empresarial.

Desde esta perspectiva, referente a la función ocupacional, la colectividad italiana que en definitiva se conformó en Concepción desde la última década del siglo pasado, se entronca más que con los propósitos y resultados de la inmigración dirigida, con el establecimiento anterior de aquellos escasos compatriotas predominantemente lígures y vinculados, por tanto, al ambiente marineramente característico de esa región italiana. A pesar de que no se produjo una continuidad familiar en los casos de los empresarios italianos más destacados que hemos revisado, se denota la presencia de otros cuyos apellidos fueron frecuentes en el comercio de Concepción en este siglo. Entre otros, Campodónico, Capponi, Capurro y Parodi; en este último caso, aunque el empresario a que nos hemos referido en este trabajo dejó la región, posteriormente hubo otros de este apellido que destacaron en las gestiones mercantiles.

En síntesis, la trayectoria de la radicación de los italianos en Concepción corresponde a las características del establecimiento peninsular a nivel de todo el país y, de un modo más global, a las características de la inmigración de la mayoría de los grupos europeos, en que fue más importante la migración espontánea que la dirigida. Expediente principal del movimiento espontáneo fue la migración en cadena. La frecuencia de algunos apellidos es indicio de que desde muy temprano se verificaron movimientos de este tipo. Hay constancias específicas, además, en la documentación en que se denotan las redes de parentesco propias de esta forma de migración. A modo ilustrativo citamos el caso de Angel Manggini, que testó a la edad de 32 años, declarando por sus bienes una parte del negocio de su hermano Juan Bautista; éste había puesto de capital \$ 1.366, en tanto que aquél puso su trabajo y un interés de 1% mensual sobre el capital (47). Es decir, como sería característico en el proceso en cadena, mientras un hermano, que se suponía que había iniciado el movimiento, lograba establecer un negocio o pequeña empresa, llamaba a otro u otros hermanos, insertándolos como socios industriales o como empleados. Estos, a su vez, después tomarían un rumbo mercantil independiente.

de obra en la minería de Atacama (1817-1850), en *Proposiciones* N° 19, Santiago, Ediciones Sur, 1990, pp. 90-122; de PINTO, en coautoría con Verónica Valdivia y Hernán Venegas, *Peones chilenos en las tierras del salitre, 1850-1879; Historia de una emigración temprana*, en *Contribuciones científicas y tecnológicas*, N° 109, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 1995, pp. 47-71.

⁴⁷ ANC, vol. 80, fs. 317-318.